

Manuel Mejía Vallejo

MITOLOGIA

En el vacío, en la oscuridad, había un perfume. Como el perfume necesitaba una flor para nacer de ella, apareció una flor detenida en el aire. Como la flor sintió necesidad de un tallo, la flor creó un tallo sostenido de la flor. Allí estaban, en el aire, tallo y flor. Pero no tenían rama, y la necesidad de una rama se hizo forma de rama: allí estaban el aire, el perfume, el tallo, la rama, la flor.

Como la rama sintió necesidad de un tronco, apareció el tronco bajo el perfume, la flor, el tallo y la rama. Pero el tronco se sintió solo sin el árbol, y así pudo verse un árbol, y en el árbol la rama, y en la rama el tallo, y en el tallo la flor.

Era todavía la oscuridad, eran los pétalos en la sombra. Entonces el perfume quiso ser luz, y empezó desde la flor a fabricar pacientemente la estrella. Así apareció la primera sombra, la débil sombra del aire y del vacío sin sombra.

Pero la sombra del aire necesitaba un lugar para su reposo. Así nacieron las raíces del árbol, y de la necesidad de contemplar la estrella. Pero aún no tenían dónde hundirse las raíces, dónde afirmarse para que la flor pudiera creer en su propia creación. Así nació la tierra, de una flor sin forma en el aire.

Pero desde el principio la flor traía su propia vanidad, y traía su vanidad la estrella, y el árbol traía la vanidad de su sombra, y la tierra también necesitaba una mirada que atestiguara su existencia en tanta soledad. Así apareció el hombre, la mirada del hombre, bajo la estrella, sobre la tierra, junto al árbol.

Pero el hombre estaba solo. Y esa soledad empezó a necesitar el sueño. Así nacieron los sueños, por la soledad de la flor, por la soledad del árbol, por la soledad del lucero, por la soledad de la tierra, por la soledad del hombre.

Pero también los sueños del hombre estaban solos, y estaba sola, también, la soledad. Entonces el hombre soñó una oscuridad vacía y en la oscuridad una estrella y bajo la estrella una flor y bajo la flor un árbol y bajo el árbol la tierra, y sobre la tierra, fugaces, todos sus sueños.

Así nacieron los sueños, creadores de lo que no existe ni existirá jamás.

INUNDACIONES

En el mapa tracé correctamente la costa grande, y llené de color ocre lo que era tierra, cuidadosamente, sin traspasar el límite, con frialdad de cirujano.

—Así, para que no haya confusión.

Luego tomé el color azul, el verde, el plumizo y luminoso, para pintar el mar que bañaba aquella costa.

—Así, bien separados.

Pero el mar ha ejercido sobre mí una atracción de arrebató, y los lápices de color marino temblaron en mis dedos, allí cometí el error, pues un azul desvaído en agua pasó los límites trazados, y bañó ese trozo de costa cercano a la bahía.

Yo fui el culpable de tantas inundaciones, de la destrucción del pequeño puerto y de la desaparición de unos pescadores que se regodeaban en la playa después de la pesca.

En vano pinté después unos cocoteros firmes, era muy tarde ya para enmendar el error. Ahora estoy triste, pero comprendo mejor a Dios en sus equivocaciones.

PAJAROS

En la mañana grandes pájaros blancos traen en su canto la primera luz, colocan en su sitio las neblinas, sus aletazos suaves espantan rezagos de la noche enredados en las ramas de los árboles, en los musgos ocultos, en las hondonadas.

A la tarde grandes pájaros grises anuncian la noche. Su canto recoge sombras, separa la luz y la lleva lejos, suavemente para que la tierra descansa, apacible su respiración. El resto de la luz que han podido enviar tras la cordillera, lo guardan bajo sus alas cuando se recogen en sueño tranquilo.

De noche grandes pájaros negros saben cuidar la oscuridad. Vuelan por todos lados, inquietos los ojos fosforescentes, y espantan con las alas o tragan con el pico cualquier pedazo de sol perdido entre las rocas.

Pájaros blancos, pájaros grises, pájaros negros se dividen el trabajo de cada día en los farallones, con la paz que van dejando las alas mansas cuando se retiran.

HERMANO LOBO

Una buena acción es aquella que en sí tiene bondad y que exige fuerza para hacerla.

MONTESQUIEU.

Un día el lobo se dio cuenta de que los hombres lo creían malo.

—Es horrible cómo piensan y escriben —exclamó.

—No todos —dijo un ermitaño desde la entrada de su cueva, y repitió las parábolas que inspiró San Francisco. El lobo estuvo triste un momento, quiso comprender.

—¿Dónde está el santo?

—En el cielo.

—¿En el cielo hay lobos?

El ermitaño no pudo contestar.

—¿Y tú qué haces? —preguntó el lobo intrigado por la figura escuálida, los ojos ardidos, los andrajos del ermitaño en su duro aislamiento. El ermitaño explicó todo lo que el lobo deseaba.

—Y cuando mueras, ¿irás al cielo? —preguntó el lobo conmovido, alegre de ir entendiendo el bien y el mal.

—Hago por merecer el cielo —dijo apaciblemente el ermitaño.

—Si fueras mártir, ¿irías al cielo?

—Están en el cielo todos los mártires.

El lobo se le quedó mirando, húmedos los ojos, casi humanos. Recordó entonces sus mandíbulas, sus garras, sus colmillos poderosos, y de un salto devoró al ermitaño. Al terminar se tendió en la entrada de la cueva, miró al cielo limpiamente y se sintió bueno por primera vez.

ARCO IRIS

No recuerdo si había llovido o si el cielo pensaba llover, se advertía un matiz de indecisión en las cosas. Sobre tantas laderas, la neblina a brotes parecía su leve respiración. Dos pájaros blancos se aquietaban en el aire como una tranquila espera del cielo.

—Se concentró la niebla —dijo alguien, señalándolo con brazo de arco lento.

—Se va dispersando —dijo otro, sin señalar.

De cerro a cerro se extendía el arco iris, pacíficamente. Ahí fue cuando llegaron a los cerros esos seres extraños y bondadosos. El primero tomó un extremo del arco iris, el segundo tomó el extremo contrario, el tercero se dispuso al vuelo en el llano mediador. Así jugaron a saltar a la cuerda en la última hora de la tarde.

—Mírenlos.

Se abrieron más los ojos cuando comenzó el juego extraño entre las dos colinas. De tanto girar, a veces el arco iris se ponía absolutamente blanco. Entonces caía al suelo el saltador, para contento de los niños. Las jóvenes saltaban en remedo gozador. Fue una de las pocas tardes serenas más al'á del páramo que esconde Balandú, entre borrascas y nieblas pacedoras.